

pecado! ; Y qué bien se recompensán los rigores con que affligís á las almas fieles, con aquellos consuelos que el mundo ni conoce, ni puede dar! Estas son las instrucciones que nos dá Maria: felices nosotros, si ofreciendo como ella una fiel correspondencia á la gracia, merecemos el consumarla en la gloria. Amen.



SERMON

PARA EL TERCER DOMINGO

DE ADVIENTO.

SOBRE EL RETARDAR
la Conversion.

*Ego vox clamantis in deserto: Dirigite
viam Domini.*

Yo soy la voz del que clama en el desierto.
Enderezad el camino del Señor. *Joan. 1.
v. 23.*

SEÑOR.

Jesu-Christo Señor nuestro, para poder entrar en nuestros corazones, nos anunció por San Juan Bautista que debemos prepararle los caminos, apartando los obstáculos que oponen como un muro de separacion entre su misericordia y nuestra miseria. Estos obstáculos son las culpas con que tantas veces nos manchamos, y que siempre subsisten, porque debiendolas expiar con la penitencia, no lo hacemos. Estos obstáculos son las pasiones de que se dexa arrastrar nuestro insensato corazon,

las que siempre están vivas, y para destruirlas es preciso combatirlas, y no lo hacemos. Estos obstáculos son las ocasiones, en las que ha tropezado tantas veces nuestra inocencia, y que sirven aun todos los días de fatal escollo á nuestras resoluciones, porque en vez de ceder á la inclinacion secreta que nos lleva á ellas, es preciso huirlas, y no lo hacemos: en una palabra. El verdadero y unico modo de preparar á Jesu-Christo el camino de nuestros corazones es mudar de vida, y convertirnos sinceramente.

Pero aunque el negocio de nuestra conversion sea el mas importante de que podamos estar encargados en la tierra, pues solamente con ella podemos traer á Jesu-Christo á nuestros corazones: aunque sea el unico que verdaderamente nos interesa, pues depende de él nuestra eterna felicidad, no obstante, ¡oh deplorable ceguera! no hacemos caso de este negocio, y siempre le dilatamos para otro tiempo, como si el tiempo y los instantes estuvieran á nuestra disposicion. ¡Qué es lo que esperais, Católicos! Jesu-Christo no cesa de anunciaros por sus Ministros las desgracias que amenazan á vuestra impenitencia, y al retardar vuestra conversion: ya há mucho tiempo que por vuestras bocas os está avisando, que si no haceis penitencia, todos perecereis.

Y aun no se contenta con avisaros en público por la voz de sus Ministros, os habla tambien en lo intimo de vuestros corazones, y continuamente os está diciendo en secreto: ¿No es ya tiempo de salir de la culpa en que ha tantos años que vives sepultado, quando para salir de ella casi no te queda mas remedio que un milagro? ¿No es ya tiempo de conceder la paz á tu corazón, de desterrar ese caos de pasiones, que han sido el motivo de las desgracias de tu vida, de disponerte á lo menos algunos días felices y tranquilos, y que ya que has vivido tantos años para un mundo, que siem-

pre

pre te ha dexado vacío é inquieto, vivas finalmente para un Dios, que es quien solamente puede dár la alegría y la tranquilidad á tu alma? ¿No quieres, por último, despues de una vida llena de vanidad, pensar en tus intereses eternos, volverte á la verdad, y sirviendo á Dios, tomar el unico partido prudente que el hombre puede tomar en la tierra? ¿No estás cansado de sufrirte á tí mismo contra los remordimientos que te mortifican, contra la tristeza del pecado que te consume, contra la nada del mundo que en todas partes te sigue? ¿Y no quieres, finalmente, poner fin á tus desgracias y á tus inquietudes, dando fin á tus pecados?

¿Qué respondemos á esta voz secreta, que ya ha tanto tiempo que está clamando en lo intimo de nuestros corazones? ¿Qué pretextos oponemos? Primero: que Dios no nos dá aun los auxilios necesarios para salir del infeliz estado en que vivimos: segundo: que actualmente nos hallamos muy enredados en nuestras pasiones para poder pensar en una nueva vida. Esto es, nos figuramos dos pretextos para dilatar nuestra conversion: el primero sacado de parte de Dios; el segundo de nosotros mismos. El primero que nos justifica, acusando á Dios de que nos falta. El segundo que nos asegura, acusandonos á nosotros mismos de no poder aun volvernos á él. Y así dilatamos nuestra conversion, porque creemos que nos faltan los auxilios, y que Dios no se acuerda aun de nosotros: Dilatamos nuestra conversion, porque nos prometemos que algun día estaremos algo mas separados del mundo y de nuestras pasiones, y mas en estado de empezar una vida mas regular y mas christiana: dos pretextos que se hallan siempre en la boca de los pecadores, y que intento impugnar, despues de haber implorado, &c. *Ave Maria.*

PRI-

PRIMERA PARTE.

NO es nuevo el que los hombres echen á Dios la culpa de sus desórdenes, y procuren hacer á su bondad y sabiduría responsables de sus injustos procederes. Puede muy bien decirse que esta ceguera entró en el mundo con el pecado. Esta fue la excusa que alegó el primer hombre de su delito, y en vez de aplacar con una humilde confesion de su miseria al Señor á quien acababa de desobedecer, le acusó de que él mismo por haberle juntado con la muger habia sido la causa de su desobediencia.

Y esta, Católicos, es una ilusion comun á casi todas las almas que viven en la culpa, y que dexan para mas adelante la conversion que Dios las pide. Continuamente nos están diciendo que la conversion no depende de nosotros; que el Señor es quien muda los corazones, y los dá la fé y la gracia que los falta; y así, no se contentan con irritarle, dilatando su conversion, sino que tambien le insultan, echandole la culpa de su obstinacion, y de la dilacion de su penitencia. Confundamos pues hoy el desorden, y la impiedad de esta disposicion, y para hacer al alma pecadora mas inexcusable en su impenitencia, quitemosla este pretexto.

Nos decís, pues, en primer lugar, que os convertiriais si tuvierais fé, y si estuvierais bien persuadidos de la verdad de la Religion; pero que la fé es un dón de Dios, que de él solo le esperáis, y que luego que os le dé, os costará poco trabajo el determinaros á empezar esta grande obra. Primer pretexto; no tenemos fé, y Dios es solo quien la dá.

Pero primeramente os pregunto, ¿cómo habeis perdido esta fé tan preciosa? En el Bautismo la recibisteis; conservóse en vuestro corazon por medio de una edu-

educacion christiana; creció con vosotros; era un talento inestimable que os entregó el Señor, distinguiendoos con él de tantas Naciones Infieles, y sellandoos con el sello de la salud al salir del vientre de vuestras madres. ¿Qué habeis, pues, hecho de este dón de Dios? ¿Quién ha borrado de vuestra frente esta señal de eterna eleccion? ¿No son esas tinieblas en que os hallais un justo castigo del desorden de vuestras pasiones? ¿Dudabais acaso de la fé de vuestros padres antes de ser impudicos y disolutos? ¿No sois vosotros mismos quien ha apagado entre el cieno aquella luz celestial, que la Iglesia, quando os reengendró, os puso en la mano para que os sirviese de guía entre las tinieblas y peligros de esta vida? ¿Pues por qué os quejais á Dios del mal uso que habeis hecho de sus auxilios? El es quien os habia de pedir su propio dón; quien os habia de hacer dar cuenta del talento que os entregó; quien os habia de decir: siervo ingrato é infiel, ¿qué hice yo por otros que no hiciese por tí? Ennoblecí tu alma con el dón de la fé, y con el catacter propio de mis hijos; tú arrojaste esta preciosa margarita á los animales inmundos: quisiste apagar la fé, y la luz que yo te habia entregado, y yo la he conservado mucho tiempo en tu corazon, aun á pesar tuyo; la he hecho sobrevivir á los impíos esfuerzos que has hecho para apagarla, porque servia de estorvo á tus desórdenes: bien sabes quanto te ha costado el sacudir el yugo de la fé, y llegar al estado en que te hallas; y ese terrible estado, que es el mas justo castigo de tus culpas ¿quieres que hoy te sirva de excusa? ¿Y dices que la falta de fé no es culpa tuya, porque no depende del hombre, quando te costó tanto trabajo el arrancarla de tu alma? ¿Dices que yo te la debo dar, si quiero que me sirvas; yo que soy quien te la pide, yo que tantos motivos tengo para quejarme de que la hayas perdido? Entrad en juicio con vuestro Dios y Señor, y justificaos, si es que teneis que responderle.

Y para mejor haceros conocer, amados oyentes míos, la debilidad de este pretexto, estadme atentos: os quejais de que os falta la fé: decís que deseariais tenerla, que no hay mayor felicidad que el estar vivamente persuadido, y que en este estado todo cuesta poco: pero si deseais tener fé, si creéis que no hay otra cosa mas feliz que el estar verdaderamente convencidos de las verdades de eterna salud, y de la ilusion de todo lo que pasa en el mundo; si envidiais la suerte de las almas que han llegado á este apetecible estado, esa es la fé que esperais, y que creéis haber perdido: siendo así, ya no os falta otra cosa que conocer, para acabar una vida pecaminosa, mas que la felicidad de aquellos que salieron de ella para trabajar en su salvacion. Decís que deseariais tener fé, pues estad persuadidos á que la teneis desde el instante que creéis que es digna de ser deseada; á lo menos teneis la suficiente para conocer que la mayor felicidad del hombre consiste en sacrificarlo todo á sus promesas. Las almas que todos los dias se convierten á Dios no son guiadas por otras luces. Los Justos que llevan su yugo no se sostienen y animan con otras verdades; y aun nosotros mismos quando le servimos nada mas conocemos.

Dexad, pues, de engañaros á vosotros mismos, y de esperar lo que ya poseeis. ¡Ah! No os falta la fé, lo que sí os falta es la voluntad de cumplir con las obligaciones que os impone: vuestras pasiones, y no vuestras dudas son las que os detienen: no os conocéis. Hallais utilidad en persuadiros que os falta la fé, porque este pretexto, que oponéis á la gracia, es de menos sonrojo para el amor propio, que el de los abominables vicios que os detienen. Pero mirad la raíz; vuestras dudas nacen de vuestros desordenes. Arreglad vuestras costumbres, y quanto os ofrezca la fé será cierto, y os servirá de consuelo. Sed casto, honesto y moderado, y yo os respondo de la fé que os parece haber perdido.

do. Vivid bien, y os costará poquisimo el creer.

Y prueba de ser verdad lo que digo es, que si para volveros á Dios no tuvierais que hacer mas que sujetar vuestra razon á los Misterios que se os presentan; si la vida christiana no os ofreciese mas dificultades que ciertas contradicciones aparentes, que es necesario creer sin poder comprenderlas; si la fé no os propusiera obligaciones, cuyo cumplimiento es penoso; si para mudar de vida no tuvierais que renunciar á las mas vivas pasiones, y á los lazos mas estrechos; si este fuera un negocio puramente de entendimiento, y de creencia, y que no huviera de padecer en él el corazon ni las pasiones, ninguna dificultad tendriais en creer; mirariais como insensatos á los que comparasen unas dificultades puramente especulativas, que nada cuesta el creerlas, con una eternidad de desgracias en que podian ser sepultados los incrédulos: la fé, pues, solo os parece difícil, porque regla vuestras pasiones, y no porque propone misterios. La santidad de sus máximas es la que os asusta, y no la incomprehensibilidad de sus misterios: y así, aunque es verdad que vivís en la corrupcion, nó lo es el que seais incrédulos.

Y á la verdad, á pesar de vuestras falsas dudas acerca de la fé, no dexais de conocer que la incredulidad declarada es un terrible partido, que no os atreveis á seguir: es una arena movediza, baxo de la qual veis mil precipicios que os causan horror, en la que no hallais seguridad, y sobre la que no os atreveriais á caminar con confianza. Todos los dias decís en vuestro interior, que en entregarse á Dios nada se pierde; que en la realidad, aun quando no fuera tan cierto que nos espera otra vida despues de esta, es demasiado peligrosa la alternativa para no tomar bien las medidas; y que aún en una efectiva incertidumbre de las verdades de la fé, el partido que toma el Justo sería siempre el mas seguro y prudente. Por lo que vuestro estado mas es una

vaga irresolución de un corazón agitado, y que teme el romper sus cadenas, que una real y efectiva duda acerca de la fe, ni un temor de perder vuestros trabajos, sacrificando á ella vuestros injustos placeres. Vuestras dudas mas son esfuerzos que haceis para defenderos contra la poca fe, que aún os alumbra en lo interior, que señal de que la hayais perdido. No busqueis, pues, con que convenceros; trabajad sí en no oponeros á la fuerza interior que os alumbra y os condena. Entrad en cuentas con vuestro corazón; reconciliaos con vosotros mismos; dexad hablar á una conciencia, que continuamente pleytea en vuestro interior á favor de la fe contra vuestros desordenes. En una palabra, escuchaos á vosotros mismos, y sereis fieles.

Pero acaso direis: es constante que si no hubiera que hacer mas que creer, esto no costaría mucho: pero nos falta la gracia, y la esperamos: La conversión no es obra del hombre; Dios solo es quien muda el corazón; y este es el segundo pretexto de los pecadores que dilatan la conversión.

Digo, pues, que este pretexto tan vulgar, y tan repetido en el mundo, que se halla en boca de casi todos los que viven en la culpa, si consideramos al pecador que le alega, es injusto; si atendemos á Dios de quien se queja, es temerario é ingrato; y si le examinamos en sí mismo, es ridículo é improbable.

Primeramente, es injusto si consideramos al pecador que le alega: os quejais de que Dios aún no os ha movido, que no sentís gusto alguno en la devoción, y que es necesario esperar que éste venga para mudar de vida. Pero estando, como estais, llenos de pasiones, ¿es razon que esperéis ni pidais que Dios os haga experimentar un gran gusto en la piedad? ¿Queréis que vuestro corazón, entregado aún al desorden, experimente las suaves dulzuras, y los castos atractivos de la virtud? Os pareceis á un hombre que sus-

sustentandose solamente con hiel y axenjos, se quejase de que todos los alimentos le parecían amargos. Decís que Dios es quien debe daros gusto para servirle si quiere que le sirvais, quando al mismo tiempo estais continuamente estragando vuestro corazón con indignos excesos; quando sin cesar estais poniendo un nuevo caos entre Dios y vosotros con vuestros nuevos desordenes; quando finalmente todos los días extinguís en vuestra alma con nuevos delitos aun aquellos pensamientos de virtud natural, aquellas felices impresiones de inocencia y de regularidad que nacieron con vosotros, y que podrian servir para atraeros á la virtud y á la justicia. ¡Oh hombre! ¡Solamente quieres justificarte acusando la sabiduría y justicia de Dios!

Mas; aun quando Dios produxese en vuestro corazón este gusto y estos deseos de salud que deseais; viviendo como vivís, en la corrupción, y en la disolución, ¿cómo habeis de sentir la obra de la gracia? Aun quando os llamára ¿cómo le habiais de oír, estando como estais, distraídos con los placeres de una vida mundana? Aun quando os moviera, ¿qué resultas habia de tener este movimiento en orden á vuestra conversión, quando inmediatamente le apagaria el ardor y el exceso de vuestras profanas pasiones? A la verdad fieles, que este Dios lleno de longanimidad y paciencia, mueve aun vuestros corazones, y derrama en vuestro interior las riquezas de su bondad y de su misericordia; su gracia nunca os falta: pero vosotros la recibís en un corazón tan lleno de corrupción y de miseria, que por decirlo así, no hace efecto en él, ni le mueve: es como una chispa, que cae en un abismo de barro y corrupción, y que se apaga en el mismo instante que cae en él.

Entrad dentro de vosotros mismos, amados oyentes míos, y conoced la injusticia de vuestros pretextos. Os quejais de que Dios os falta, y de que esperais su gra-

cia para convertirnos: ¿pero acaso puede haber pecador, en cuya boca sea esta queja mas injusta que en la vuestra? Traed á la memoria todo el curso de vuestra vida, y exâminadla desde la primera edad hasta ahora: el Señor os habia prevenido desde vuestra infancia con sus bendiciones; os dotó de un natural feliz, de una alma buena, y de todas las inclinaciones mas favorables á la virtud: os proporcionó, aun dentro del recinto de vuestra familia, socorros y exemplos domésticos de fe y de piedad: aun se estendieron á mas las misericordias del Señor; os ha preservado de mil peligros; os ha hecho sobrevivir á muchas ocasiones, en que las desgracias de la guerra han hecho perecer á vuestro lado á vuestros amigos, y acaso á los que fueron cómplices de vuestros desórdenes; se ha valido para llamaros á sí, de las aficciones, de los disgustos, y de las desgracias; os ha quitado de delante los infames objetos de vuestras pasiones, en el mismo tiempo en que vuestro corazon estaba mas unido á ellos; ha gobernado vuestra suerte con tanta misericordia, que ha opuesto siempre mil obstáculos á vuestras pasiones, sin que hayais nunca podido llegar al cumplimiento de todos vuestros malvados deseos, faltando siempre alguna cosa á vuestra injusta felicidad; os ha facilitado empeños y obligaciones serias, que aún á pesar vuestro, os han puesto en la precision de hacer una vida prudente y arreglada para con los hombres; no ha permitido que se haya obstinado vuestra conciencia en los desórdenes, ni habeis podido conseguir el calmar vuestros remordimientos, y vivir con tranquilidad en la culpa; no ha habido dia en que no hayais pensado en la vanidad del mundo, y en el horror de vuestro estado: aun en medio de vuestros placeres y de vuestros excesos se ha alterado vuestra conciencia, sin que hayais podido segar vuestras secretas inquietudes, sino prometiendos una mudanza en lo por venir. Un Dios justo y miseri-

ricordioso os insta, y os sigue por todas partes desde que le abandonasteis: está pegado á vosotros, dice un Profeta, como se pega el gusano al vestido, para roer sin cesar vuestro corazon, y haceros con la importunidad de su mordedura un saludable remedio: en este mismo instante en que os estoy hablando, está obrando en vuestro interior: las verdades santas que pone en mi boca, y el haberme enviado á aqui para anunciarlas, acaso es para moveros á vos solo. ¿Qué es vuestra vida sino un eslabonado de gracias? ¿Qué sois vosotros, sino unos hijos de dileccion, y la obra de las misericordias del Señor? ¿Oh injustos! Os quejais de que os falta la gracia, quando parece que á vosotros solos se ha dignado el Señor de mirar sobre la tierra, y quando ha estado llamando continuamente á las puertas de vuestro corazon, como si fuerais el solo entre los hombres que quisiera salvar; quando parece que para vos solo ha dispuesto la mayor parte de los sucesos que veis acaecer todos los dias: en una palabra, quando todos los instantes han sido unas nuevas gracias, y quando el mayor delito será el haber recibido muchas, y haber siempre abusado de ellas.

Pero para acabar de convenceros os pregunto, ¿en que os fundais para decir que os falta la gracia? Sin duda lo decís porque conoceis que en el estado en que os hallais os costaria mucho volveros á Dios; luego os parece que tener la gracia es convertirse sin trabajo, sin violencia, y casi sin conocerlo; ¿os parece que tener la gracia es lo mismo que no tener pasiones, que combatir, cadenas que romper, ni tentaciones que vencer; que es renacer por medio de la penitencia, sin lágrimas, sin dolor, y sin dificultad? ¿Ah! Sabed que sobre este pie nunca tendreis esta gracia chimérica: que siempre os ha de costar trabajo el convertirnos; que sea la que fuere la gracia, siempre es preciso hacer heroicos esfuerzos, reprimir vuestras inclinaciones, despegar-

ros de los objetos mas amados y sacrificar todo lo que aun os cautiva: mirad si les cuesta trabajo á los que todos los dias se convierten á Dios, y con todo eso tienen la gracia, pues ella es quien los liberta, y quien muda su corazón; preguntadlos si la gracia se lo facilita todo; si dexa al amor propio algo que padecer y que sufrir; preguntadlos si tienen que sufrir mil combates, que vencer mil obstáculos, que moderar mil pasiones; y entonces sabreis si el tener la gracia es lo mismo que convertirse sin que cueste trabajo alguno: mirad si le costó algo á San Agustín; ¿qué esfuerzos no hizo para levantarse de su ceno, y para romper las cadenas de hierro con que estaba atada su rebelde voluntad! Y con todo eso, ¿qué corazón hubo jamás en quien la gracia obrase con mas fuerza y abundancia que en el suyo? La conversion, pues, es un Sacrificio penoso, un bautismo trabajoso, un parto doloroso, una victoria que supone combates y fatigas. Es verdad que la gracia las suaviza, pero no dispensa las batallas: si esperais para convertir os una gracia de esta naturaleza, os aseguro que nunca la hubo, y que el esperar tan locamente la libertad y la salud es estar determinado á perecer.

Pero si el pretexto de la falta de la gracia es injusto de parte del pecador que le alega, no es menos temerario é ingrato respecto de Dios de quien se queja.

Porque decís, que Dios es el dueño absoluto, y que quando quiera sabrá hallaros; esto es, que vosotros no teneis que hacer mas que dexarle obrar, y que sin que tengais vosotros cuidado alguno de vuestra salvacion, quando él quisiere sabrá mudar vuestro corazón. Es decir, que vosotros no teneis que hacer mas que pasar alegremente vuestra vida en deleytes y culpas, y que sin cuidado alguno de vuestra parte, aun sin pensar en ello, sin poner de vuestra parte otra dis-

disposicion para la conversion que esperais, mas que una vida llena de desordenes y continuas resistencias á su gracia, él sabrá quando es tiempo de llamaros para sí: es decir, que vuestra salvacion, el negocio grande y unico que os interesa en la tierra, no es negocio vuestro, y que el Señor que no os ha encargado otro en el mundo, que os manda preferirle á todos los demás, y que los desprecieis todos para entregaros á él solo, os ha dispensado absolutamente de él por tomarle á su cargo. Manifestadnos, pues, esta promesa en algun nuevo Evangelio, pues bien sabeis que en el de Jesu-Christo no se halla. Quanto puede responder el pecador para justificarse, dice un Profeta, es una necedad, y su corazón se pone iniquamente de parte de sus delitos contra el mismo Dios: *Stultus fatua loquetur, & cor ejus faciet iniquitatem, ut perficiat simulationem, & loquatur ad dominum fraudulenter.* (a)

Finalmente, este pretexto es insensato en sí mismo. Decís que os falta la gracia; ya os he respondido que os engañais; que si procedierais de buena fé, deberais conocer que nunca os ha faltado la gracia; que muchas veces habeis experimentado sus saludables impresiones; que hubiera triunfado de vuestra obstinacion, si la dureza é impenitencia de vuestro corazón no la hubiera opuesto una terrible resistencia; que Dios quiere que todos los hombres se salven, que solo sacó á las criaturas racionales de la nada para que le alaben, le bendigan, y le glorifiquen; en una palabra, que solamente os hizo para sí; os ha abierto, Católicos, como á otros muchos pecadores, mil caminos de conversion, y que sin duda os hubieran conducido al camino derecho, si no hubierais cerrado los oídos á su

VOZ,

(a) *Isai. 32. v. 6.*

voz, quando os llamaba. Decís que os falta la gracia; ¿y qué quereis decir con eso? ¿Quereis dár á entender que Dios, que es nuestro padre, y de quien somos hijos, que nos tiene infinitamente mas amor que la mas tierna madre á su hijo unico; que un Dios tan bueno nos dexa sin socorro, y en la imposibilidad de obrar bien? ¿No conoceis que este estilo es una blasfemia contra la sabiduría de Dios, y que es la justificacion de todos los delitos? ¿Ignorais, por ventura, que por grande que fuese la herida que hizo á nuestra libertad la caída de Adán, con todo eso nos quedó la suficiente? ¿Que ni habria fé, ni le estarian impuestas al hombre ningunas obligaciones, si no tuviera real y verdadero poder para cumplirlas? ¿Que en tal caso, la Religion en vez de servir de socorro y de consuelo, solo seria una desesperacion y un lazo? ¿Que si, no obstante todos el cuidado que Dios tiene de nuestra salvacion, perecemos, siempre es por defecto de nuestra voluntad, y no por falta de su gracia? ¿Que nosotros solos somos los autores de nuestra perdicion y de nuestras desgracias; que en nuestra mano estuvo el evitarlas; y que infinitos pecadores, sin mas gracia ni mas auxilios que nosotros, rompieron sus cadenas, y glorificaron á Dios y á sus misericordias con una nueva vida.

Pero aún quando no fueran tan ciertas estas verdades de la Fé, y aún quando fuera verdad, Católicos, que os falta la gracia, tambien seria indubitado que Dios os habia abandonado del todo; que estariais señalados con un caracter de reprobacion, y que no podia ser peor vuestro estado: porque no tener gracia es la situacion mas terrible de todas, y la mas segura señal de una condenacion eterna: y con todo eso, este mismo pensamiento tan terrible os asegura; justifica para con vosotros mismos vuestra tranquilidad en la culpa; os hace dilatar vuestra conversion sin recelo, sin remor-

dimientos, y aun sirve de disculpa á vuestros desórdenes: es decir que os hallais contentos con no tener esta gracia preciosa: os decís con gusto á vosotros mismos; Dios aun no se acuerda de mí; yo no tengo otra cosa que hacer mas que vivir tranquilamente en la culpa; su gracia aun no vendrá tan presto: es decir que no la deseais, y que sentiriais el que viniese á romper las cadenas que aun amais; no tener la gracia debiera ser para vosotros el motivo mas fuerte, y el mas poderoso para salir de vuestro deplorable estado; y es el unico que os tranquiliza y os detiene.

Por otra parte; quanto mas dilatais la conversion menos gracia teneis, porque se multiplican mas vuestras culpas, se aleja Dios mas de vosotros, se acaban sus misericordias, y se pasa el tiempo de la indulgencia: vuestra medida se llena, se acerca el término terrible de su indignacion; y si acaso es cierto que hoy no teneis la gracia suficiente para convertirlos, tambien lo es que en ningun tiempo la tendreis ni aun para conocer que teneis necesidad de la conversion y de la penitencia.

Y así, Católicos, no os quejeis de la gracia, quejaos sí de vosotros mismos. Agustino, en el tiempo de sus tibios deseos de conversion, ¿se quejaba acaso del Señor en la dilacion de su penitencia? No por cierto. No buscaba la razon en otra parte mas que en su flaqueza, y en el desorden de su corazon: Hallabame, dice él mismo, con un corazon enfermo, y lleno de remordimientos; acusabame á mí solo de mis desgracias, y de la dilacion que yo oponia á una nueva vida: *Sic egrotabam, & excruciarbar, accusans me metipsam.* (a) Daba vueltas dentro de mis propias ca-

(a) Confes. lib. 8. cap. II. n. 25. *mon. 1681* (a)
Tomo I. Y